



LORENZO MONTUFAR

Es el Patriarca.

Su descendencia política, cual la prometida por el dios del Génesis á Abraham, va siendo *numerosa como las arenas de la mar y las estrellas del cielo* y se extiende exuberante por todas las comarcas de la América Central.

Él fué el novador.

Este heresiarca austero fué durante cincuenta años el verbo tempestuoso del liberalismo ; la imá-

gen pensadora y triste de ese partido; el escollo contra el cual se estrellaron las olas siempre tumultuosas y agitadas de la clerecía guatemalteca.

Fué el *Maestro*.

Todos los que en América eran iguales á él desaparecieron... Él, fué el sobreviviente de la raza ya extinta de los fundadores liberales.

Cayó en Venezuela Antonio Leocadio Guzmán, escapado un día al patíbulo conservador; cayó en Colombia Manuel Murillo Toro, como esas aves del equinoccio que emigran al llegar la noche larga que sigue á la aurora boreal; se fué Altamirano, el pensador indígena....

Sólo Montufar quedó en pie. Su cabeza blanca se veía en el brumoso horizonte americano como el cono nevado del Tolima dorado por los rayos de la tarde.

Había sido el pájaro de la mañana que despertó con sus cantos el espíritu nacional dormido.

Ese hombre que declinaba así con la majestad esplendorosa de un largo crepúsculo de verano, fue, después de Morazán, la personalidad más grande del liberalismo en Centro América. Se le podría llamar : el Morazán civil.

Erecto como un picacho agreste de la sierra, este anciano indomable estuvo durante cincuenta años siendo el para-rayos de los conservadores de su patria y del jesuitismo rencoroso y nómade. Y nada lo doblegó.

Sabio, en lo que de completo y excelso tiene el vocablo, vivió con los labios pegados al pezón inagotable de la ciencia, arrojando después sobre las multitudes ávidas los tesoros de su saber con una generosidad oriental y una como religiosa y santa abnegación de apóstol.

Ese anciano, ateo, fué el gran sacerdote del liberalismo; su diosa era la libertad; y cuando él oficiaba en el ara santa, las multitudes conscientes doblaban la cabeza al ver alzarse en sus manos temblorosas la hostia, la inmaculada hostia de la idea.

Periodista, él enseñó la estoica rebeldía contra la negra legión de tiranías y dogmas y mitos del pasado. Con una fuerza de rayo de aurora rompió la compacta bruma y bañó de luz el horizonte.

Quando todo era sombra y abyección, él clavó sus sarcasmos y sus protestas en la piel lustrosa de aquel tigre bajado de las sierras de Mita, de Carrera, aquel indio feroz, que fué como el último aleteo de la barbarie, la última venganza de la raza indígena, la proyección postrera del salvajismo fugitivo al desaparecer del suelo guatemalteco...

Proscrito como Víctor Hugo, vivió veinticinco años lejos de su patria, haciendo de cada roca una tribuna y de cada playa un Guernesey.

Insultado, él sintió sobre su nombre la espuma epiléptica de Irizarri, aquel aleve calumniador al-

quilado contra López y Obando, excelsos liberales colombianos.

Apóstol, él ha formado ese liberalismo brioso que es orgullo de Centro América.

Su verbo fecundo iba de alma en alma, de conciencia en conciencia, como va el polen de las palmas en las alas de vientos calurosos en las noches calladas del desierto.

Él fué tocado por la pluma de fuego de Montalvo y tocado para ensalzarlo. Está ungido. Pertenece á los inmortales.

Murió al fin, el pensador austero....

Hoy cuando se le nombra, la América liberal vuelve á mirar como para presenciar esta puesta magnífica de sol, y todos se descubren conmovidos, siguiendo la huella que dejó el majestuoso descenso de este astro liberal al Occidente.



JUAN DE DIOS URIBE

Alguien dijo, y se ha repetido después hasta la saciedad, que así como las nubes toman la forma de los países que atraviesan, los hombres tienen en su imaginación mucho del país en que se desarrollan y del medio en que viven. Colombia, cuyo clima varía de sus costas á Los Andes en todas las gradaciones, desde el calor insoportable de los trópicos al frío de las nieves eternas, confirma en sus poetas y escritores esta aseveración.

Cuando se nace en Bogotá, allá muy alto, bajo un cielo azul y sereno, besado por las brisas de la Sabana y las ráfagas de los páramos orientales, se tiene esa imaginación severa y fría, esa inspiración levantada pero sin gran colorido, fantasía pálida y nebulosa de las creaciones alemanas y las leyendas escandinavas : tierra de estudio más que de genio, de cultivo más que de espontaneidad, de arte más que de inspiración, de clásicos más que de talentos, de literatos más que de poetas; se vive ebrio de misticismo y ahito de antigüedad; se es un Don M. A. Caro; es decir, lo clásico mediocre.

Si se nace aún más alto, allá en las tierras del Zaque, patria de talentos generosos é inspiraciones bíblicas, se tiene ese acento profético y sonoro, ese estro en cuyas creaciones parece oírse el rumor de las palmas de Judea, el gemir del viento entre los cedros del Líbano, ó el sonido de los torrentes del Cedrón : entonces, se es un : Don José Joaquín Ortiz : es decir, lo místico-sublime.

Mas, se refleja de tal modo el país en la imaginación del hombre, es tan severa la teoría del medio, que si se nace allá en los declives de la Cordillera, en esas tierras algo pantanosas y mefíticas, patria del bocio, entonces hay imaginaciones enfermas que reproducen perfectamente aquel cuadro; entonces se es idiota, se usa una especie de *cretinismo* literario, y se llama Carlos Martínez Silva; es decir, lo ridículo.

Y si se ha nacido á las riberas del mar bajo aquel sol de fuego, con los arrullos de aquel gigante encadenado, frente á aquel horizonte infinito; entonces los privilegiados, parecen concentrar en su mente todos los fulgores de aquel cielo, llevan en su fantasía todas las galas de aquella zona, vibran en su acento todos los murmullos de aquellas brisas y las tempestades de aquel océano, y son : Diógenes Arrieta, es decir, lo bello; Rafael Núñez, es decir, lo sombrío.

Y si se ha nacido en el Cauca, en aquella naturaleza espléndida y soberbia; en aquella tierra en que *todo es grande hasta el delito*; tierra de todos los fanatismos, desde el de la religión hasta el de la libertad; allí donde el valor raya en el prodigio y la ferocidad en lo salvaje; allí donde crecieron, con sus grandezas y delitos, Mosqueras y Arboledas; entonces se concentran en sí toda aquella grandeza : se es literato, poeta, guerrero, orador, filólogo y periodista; se un César Conto, es decir, lo fecundo.

*
**

JUAN DE DIOS URIBE. — No nació en ninguna de aquellas partes, pero vió la luz en Antioquia, la tierra del oro y las leyendas, de la quiebras pro-

fundas y las montañas vírgenes, de las selvas oscuras y silenciosas como moradas drúidicas. Allí donde la vegetación y los hombres todo tiene la fuerza de la naturaleza primitiva; donde á cada paso en el desierto se oye el trino de un ave y á cada paso, en las ciudades, se oye el canto de un poeta. Allí donde fué á morir Ricardo de la Parra, *el hombre de la naturaleza*; donde nació y murió Camilo Antonio Echeverri, imaginación eschilyana y palabra de trueno; donde cantó la musa silvestre y cuasi pastoril de Gutiérrez González; donde se enferma el dolor y se enloquece de genio, como Epifanio Mejía. Allí nació JUAN DE DIOS URIBE. Su alma se impregnó en la infancia de la majestad de aquellos paisajes retratados en su retina, de aquellos ruidos imponentes que arrullaban sus sueños, de aquella calma sublime que se extendía en torno de él. No era aún adolescente cuando fué trasladado al Cauca, á las haciendas de su padre.

El cuadro varió en lo abrupto, pero no en lo majestuoso. Allí, entregado á las rudas faenas del campo, desarrolló las fuerzas físicas y la precocidad de su talento, de tal modo, que cuando vino á Bogotá ya era un hombre por la fuerza de su musculatura y la solidez de su inteligencia.

Posterior á Ezequiel Rojas y á Rojas Garrido, esos dos zapadores de las modernas ideas que dieron el *¡alto, quién vive!* á las viejas preocupa-

ciones hasta hacerlas replegarse á sus primeras posiciones, y que fueron los maestros después, de todos los que en Colombia, en más alta ó baja escala, hemos atacado aquellos absurdos: JUAN DE DIOS URIBE, fué discípulo aprovechadísimo y luego soldado admirable de aquella legión de pensadores.

Desde su aparición en el colegio, JUAN DE DIOS URIBE se hizo notar.

No tiene en su acento la armonía seductora de Arrieta, ni la facundia abrumadora de Antonio José Restrepo; pero hay en su frase revolucionaria, en su acento convencido un atractivo irresistible, y así fué desde luego uno de los primeros en aquella juventud innovadora y ardiente llena de luz y de ideales.

La vida de JUAN DE DIOS URIBE puede encerrarse en una palabra: Combate.

Su historia se corrió en los claustros del colegio, la plaza pública, el periodismo y el destierro.

Los años de su vida pública fueron para el ardiente polemista de recia batalla.

En guerra ardiente con el fanatismo y las preocupaciones, no dió tregua á la lidia. Ya acosado por sus contrarios, ya acosándolos hasta en sus últimas guaridas, pero siempre incansable.

Cuando estalló la revolución de 1883, URIBE, enfermo de gravedad, no pudo ir á los campamentos, como lo había hecho, casi niño, en 1876,

cuando lidió heroicamente en el Cauca al lado de Trujillo y de Delgado; y víctima de las persecuciones, pasó en mortal expectativa estos meses de agonía del liberalismo, sintiendo en el corazón cada tiro que precipitaba un amigo en la tumba, ó cada fracaso que apresuraba la gran catástrofe.

Cuando después de consumada la ruina liberal, reinantes la autocracia y el fanatismo, hubo una especie de interregno con la administración del señor Payán, y la prensa amordazada tuvo un remedo de libertad, JUAN DE DIOS URIBE, enfermo todavía, asomó en la prensa su cabeza soberbia, su perfil de hebreo irritado, que recuerda á Armand Barbes, y fundando *El Correro Liberal*, hizo de él el azote y el terror de sus contrarios.

Arrojado Payán de la Presidencia, Núñez volvió á imponer el silencio.

En esta última convulsión de esa bestia feroz llamada el despotismo colombiano, el periodista fué aventado lejos.

La tiranía lo halló digno del destierro.

Los brazos de la madre, el cariño de los hermanos, las comodidades del hogar, todo tuvo que dejarlo para emprender el camino del ostracismo, que se extendía árido y solitario á su vista.

Los Estados Unidos primero, y Venezuela después, le dieron asilo.

Volvió de nuevo á la patria, y de nuevo volvió al destierro.

Condenado á la deportación, escapó de la isla insalubre donde todos se morían, y ganó tierra de libres, desembarcando en Nicaragua.

De allí fue á morir al Ecuador, al lado de aquella gran gloria, cerca á aquel gran caudillo, que se llama : Eloy Alfaro.

Allí duerme para siempre el polemista invencible.

La sombra de Montalvo lo custodia.

Y es que URIBE no era tan sólo un gran talento, sino también un gran corazón.

La lucha no agrió su carácter; el infortunio no lo debilitó.

En la despreocupación de su ánimo, que se trasladaba en el desenfado de sus escritos, había momentos en que parecía que, volviendo la espalda á la sociedad, conversara con lo desconocido...

En su estilo, como en su acento, había algo raro, pero sublime, al hablar de los ideales del porvenir; y oyéndolo se sentía algo semejante á cuando uno se inclina en la altura de nuestras cordilleras para ver un abismo, en cuyo fondo brilla el rayo de luz, que allá, muy abajo, juguetea en el valle.

URIBE fué para los fanáticos una pesadilla.

Para los tiranos una amenaza.

Para los liberales un orgullo.

A los tímidos les parecía violento, á los débiles arrebatado.

Mañana cuando se juzgue la época en que vivió, las preocupaciones con las cuales tuvo que luchar, y los tiranos que atacó, apenas lo hallarán justo.

URIBE, fué, como revolucionario, una mezcla de Dantón y Desmoulins; pero más noble que el primero, más valiente que el segundo y con más talento que ambos.

Es el Jules Vallés americano.



JOAQUIN CRESPO

Es el Páez de los modernos tiempos venezolanos. Hablo del Páez épico, de aquel de la legión de las *Queseras* y el trágico fulgor de *Carabobo*; no del Páez político, el viejo león hipnotizado, que dobló su cabeza poderosa cargada de sangrientos laureles, al soplo enervador del partido conservador que lo adulaba.

CRESPO, como Páez, viene de la Pampa, y como Páez es hijo de la guerra.

Él también, jinete niño, se lanzó con su lanza á la llanura y sintió el hálito de la muerte sobre su frente á esa edad en que sólo caen sobre ella los besos de la madre.

Fué á los diez y seis años que Leandro Crespo, su padre, el viejo soldado, montándolo en ancas de su caballo, le dijo : *Vamos á la guerra.*

Y se fueron los dos.

Así, al lado de su padre, de encuentro en encuentro, de emboscada en emboscada, hoy en la llanura abierta, mañana en la montaña sombría, pasando á nado los ríos caudalosos y los arroyos acrecidos, en plena naturaleza, en plena guerra creció el soldado-niño, abriéndose su alma como una flor extraña bajo el viento tempestuoso de los combates sangrientos y formándose para los grandes heroísmos y las trágicas contiendas.

A los diez y ocho años, en la batalla de San Francisco, caía en brazos de su padre, con una pierna hecha pedazos, á horcajadas en una trinchera enemiga.

Como los huesos de los héroes que cargaban las tribus del Norte, allá por las selvas de la Germania primitiva, así aquel puñado de guerreros llevaba el héroe herido en un extraño aparato, en hom-

bros de los soldados, en aquella guerra en que el asalto era diario, la muerte todo, la vida nada.

Apenas pudo ponerse en pie arrastrando su pierna despedazada, se le oyó perturbar con el ruido de sus muletas la calma de los propios campamentos, y con su grito y con su lanza el sueño de los campamentos contrarios, cuando los asaltaba en la noche callada cayendo sobre ellos con los suyos como una bandada de águilas que azotarán la llanura.

Secretario de Borrego y de Medrano ; condenado á muerte por Gutiérrez ; salvado por José Rosario Mirabal ; dando, con Marcos Goloso, asaltos de dos contra sesenta hombres ; cansando la fatiga, dominando la guerra, asombrando el heroísmo, rindió CRESPO esta primera cruzada de su gloria militar.

Morrocoyes, El Corozo, Los Tiznados, Calabozo, Arauca, Caño Amarillo, tales son las más grandes páginas de aquella brillante vida de soldado liberal, de guerrero afortunado.

A los veinte y cuatro años era Presidente de un Estado ; á los cuarenta y dos años Presidente de la República. Así llegó á la cima.

*
* *

La seriedad y la lealtad fueron las características de él.

Austero como un esparciata y sencillo como Probo, el viejo Emperador.

Todo lo superficial, lo ligero, lo falso repugnaba á su carácter y estaba lejos de él.

Su mano tendida era abrigo insospechable á la amistad. Su mano levantada era nube en el horizonte, nube amenazante.

La perfidia, siempre venenosa, no encontró malezas donde posarse en aquel carácter. La traición no ensayó siquiera brotar en aquella alma.

Cuando un día, muy joven aún, dos jefes notables se acercaron á él para que diese un golpe de cuartel, traicionando á Medrano, saltó de su hamaca como un león de su madriguera, vibró su espada sobre ellos y, reduciéndolos á prisión, les arrojó la palabra que ha sido después el escudo y el lema de su vida cuando de traiciones se ha tratado :

Jamás !

Jamás! dijo cuando la guerra azul cambió sus ideales y se hizo reaccionaria.

Jamás! cuando la reacción de Alcántara.

Jamás! cuando, siendo Presidente, lo incitaban á la deslealtad.

Jamás! cuando las adulaciones de Andueza Palacio lo llamaban al delito.

Jamás! cuando, después de la última contienda, los conservadores que habían vencido á su lado pedían que les entregara la bandera.

Por eso fue llamado : EL HÉROE DEL DEBER.

Un día, el destino volvió la espalda al heroísmo, y CRESPO cayó vencido.

La debilidad puso la mano sobre la fuerza ; el pálido miedo sobre el coraje indómito, y el león encadenado, así como Páez en otro tiempo, entró vencido á Caracas.

Para poner la mano sobre él había sido preciso pasar por sobre la majestad de la Nación ; el Congreso había caído al golpe de culata de los sicarios de López ; los legisladores y los escritores estaban en la prisión, y él, el elegido del pueblo, entre filas de soldados llegó á Caracas. ¿ Al Capitolio ? No. A la cárcel.

De allí salió al destierro....

*
**

El pueblo esperó largamente á su héroe vencido y desterrado, y cuando supo que volvía se precipitó hacia él, fué á su encuentro con la impetuosidad halagadora y tumultuosa de la ola.

CRESPO entró entonces á la vida privada.

Único de los militares venezolanos que haya sido jefe de partido después de Páez, con sus huestes disciplinadas, con sus amigos y partidarios en la política activa, él permaneció austero, soberbio y meditabundo allá en los límites de la llanura, ó

más allá en las soledades de Guayana, como si dialogara con la Naturaleza y pidiese al silencio grandes inspiraciones para el papel que le reservaba el porvenir....

*
**

Inclinado sobre la tumba recién abierta de su hija le sorprendió la nueva tempestad política.

Arlequino vencía, Pantagruel soñaba, Falstaff reía; el enano tenía sueños de César; Andueza Palacio, el triste demente, había sido lanzado á la dictadura

Como la figura de Cuasimodo á horcajadas en la campana de *Nuestra Señora*, así se balanceaba Andueza, ebrio, sobre el libro de la Constitución que le habían hecho desgarrar.

De uno á otro extremo del país no se oyó más que un solo grito, un clamor profundo: CRESPO! CRESPO!.... Y los ojos del país se fijaban anhelantes hacia la pampa donde estaba el caudillo esperado. CRESPO se puso de pie y lanzó el grito épico del *Totumo*.

Montó de nuevo en el corcel guerrero, y con cuarenta hombres se precipitó al grito de la República que lo llamaba. Y la llanura amiga y la selva antigua volvieron á sentirse holladas por el caballo de guerra de aquel héroe nacional, que había perturbado su calma con agentes bélicos, á quien ha-

bían visto pasar cuando era adolescente entre el fragor de la batalla ó en la camilla de los heridos, y les parecía volver á oír estremeciendo su silencio las dianas de El Corozo y Los Tiznados....

¿A dónde iba aquel visionario con cuarenta compañeros solamente?... Iba á salvar la República. Atrevimiento sublime!

A los cuatro meses había vencido dejando tras de sí el sangriento fulgor de Jobo Mocho, La Victoria, Villa de Cura y Los Colorados; entró á Caracas con veinte mil hombres, vencedor, aclamado, omnipotente.

Entonces fué hecho dictador.

Como si aquel poder omnímodo lo quemase convocó inmediatamente el pueblo á elecciones, y ante una Constituyente resignó aquella dictadura; la más humana, la más pura de cuantas han surgido á raíz de las civiles guerras americanas. Ni una gota de sangre, ni un jirón del derecho ajeno llevaba en sus manos de soldado vencedor. Su grito fué un grito de piedad. Él solicitó y obtuvo de la Asamblea la amnistía, *la plena amnistía* para todos los vencidos, y en vez de su espada vengadora puso en el platillo de la Justicia su gran corazón dispuesto á perdonar.

Hecho Jefe del Poder Ejecutivo, se retiró inmediatamente que el partido liberal lanzó su candidatura para Presidente de la República; lejos de la Magistratura, esperó el resultado del proceso elec-

cionario allá, en sus posesiones de Maracai, entre los cariños de su hogar y la admiración de su patria.

Allí fué á buscarlo el pueblo para ungirlo con el poder, y volvió al Capitolio agitando la bandera liberal, sereno, leal y fuerte, como siempre.

Terminado su período constitucional resignó el Poder.

Murió vilmente asesinado á traición, yendo á la defensa de su partido, en una selva abrupta de las llanuras orientales.

Murió como Sucre.

La Historia no tiene que preguntar el nombre de los asesinos.

Ella lo dirá algún día.

La Justicia tarda, pero llega.



DIóGENES A. ARRIETA

Parecía un griego de los tiempos de Pericles, un fugitivo de las lecciones de Pórtico y los salones de Aspasia. Todo en él era estilo luminoso, belleza y armonía.

Su helenismo no era helenismo afeminado de las rimas de Anacreonte y los amores de Meleagro, no era el griego perfumado y cortesano, sino el griego luchador y filósofo, el del tumulto de las plazas públicas, de los peripatéticos y de la Academia. Era una alma de artista que parecía venir